



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Tres cartas de Juan Sintierra



José María Blanco White

JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

TRES CARTAS DE JUAN SINTIERRA



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

José María Blanco White

José María Blanco y Crespo, conocido con el seudónimo de José María Blanco White, nació el 11 de julio de 1775 en Sevilla, España. Fue escritor, periodista, sacerdote católico secularizado y teólogo.

Entre sus obras destacan *El Español* (1810-1814), *Bosquejo del comercio de esclavos y reflexiones sobre este tráfico considerado moral, política y cristianamente* (1814), *Letters from Spain, London* (1822), *Practical and internal evidence against catholicism* (1825), *Observations on heresy and orthodoxy* (1839) y *Luisa de Bustamante, o la huérfana española en Inglaterra* (1840).

Falleció el 20 de mayo de 1841 en Liverpool, Inglaterra.

Tres cartas de Juan Sintierra

José María Blanco White

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzales
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

TRES CARTAS DE JUAN SINTIERRA

CARTA PRIMERA

Sr. editor de *El Español*:

Muy Sr. mío, hace algunos días que recibí una carta de Cádiz escrita por un sujeto de indudable crédito y veracidad, e impuesto bastante a fondo en los negocios públicos, de la cual he creído conveniente dar a Ud. noticia, porque, según veo, Ud. tiene muy pocas directamente de aquel pueblo. Mis noticias no son agradables, y si yo hubiera de publicarlas con mi nombre seguramente no habrían salido de mi cartera; mas como Ud. en estas materias tiene ya poco que perder, quiero decir, como el odio que Ud. ha excitado en muchos de sus paisanos no ha de crecer ni menguar porque diga Ud. algo de nuevo que les disguste, me determino a mandar mis noticias, envueltas en un centón de reflexiones, por si quiere Ud. publicarlas, y, como decimos comúnmente, sufrir por mí las pedradas.

«Ya sabe Ud., dice mi amigo de Cádiz, que yo he sido de los más alegres en materias de revolución de España, pero he venido últimamente a caer en mucho desaliento.

Las Cortes, en que teníamos puestas nuestras últimas esperanzas, han errado el golpe, y no han excitado, o no han sabido conservar el espíritu público que podía salvarnos. Perdida la primera ocasión es difícil que puedan hacer nada.

Y no es porque no haya en las Cortes hombres de mucho provecho; no porque en general sus individuos carezcan de buena intención ni patriotismo, sino porque, siendo muy buenos, no son lo que las circunstancias de España exigían: han hablado y no han hecho nada. El Consejo de Regencia participa en sumo grado de la debilidad de todos los anteriores gobiernos; pero ¿quién había de creer que tiene acaso preocupaciones más dañosas que aquellos? ¿Quién había de creer que un hombre de los talentos de Blake había de incurrir en el error de oponerse al único medio de formar un tal cual ejército, quiero decir, la admisión de oficiales ingleses y austríacos?».

«Este renglón de oficiales está cada día peor. Apenas hay subordinación o disciplina. Todos charlan, todos alborotan, y casi todos huyen el cuerpo al trabajo. Bajo pretexto de servir como voluntarios de la Plaza, se

excusan del servicio en el campo una multitud de gentes que allí podrían ser muy útiles. La Junta de Cádiz es una lima sorda contra todos los proyectos de las Cortes y la Regencia.

En el erario no hay un cuarto, y aquí los que tienen dinero, que son muchos, dicen que han dado bastante».

«Lo demás que hay libre en España, va como Dios quiere, o por mejor decir cada uno tira por su lado. Un gobierno que apenas manda aquí mal puede Ud. esperar que se haga obedecer en provincias retiradas y casi sin comunicación directa. En Valencia han establecido una especie de gobierno que obra por sí; en Cataluña han nombrado su capitán general; en Galicia, si no es que cuando vaya Alburquerque pone aquello en orden, no se hace nada más que tirotearse unas autoridades a otras con oficios, según nuestra costumbre antigua; y Malú, sin acordarse de franceses, se ha hecho un dictador que prende a los que le son contrarios, y les forma causas, que Dios sabe en lo que pararán. Acuña es uno de los presos».

«En fin, yo no veo probabilidad de que hagamos nada como no sea por algún golpe de fortuna. Los franceses

no serán dueños pacíficos de la España en muchos años. Si lord Wellington los vence en Portugal perderán tal vez las Andalucías; habrá repiques y gacetas extraordinarias, pero dentro de algunos meses volverán a traer fuerza, y tendremos otra vez que encerrarnos en Cádiz. Así yendo y viniendo, la España se hará un desierto, que al fin Dios sabe de quién vendrá a ser, cuando con la sangre que se ha derramado y derrama, y los esfuerzos que se han hecho, pudiera ya empezar a disfrutar los beneficios de su revolución».

Según esta exposición de mi amigo, de cuya exactitud no debe Ud. dudar, ¿podrá Ud. explicarme, señor editor, en qué consiste esta fatalidad que hace que todos los gobiernos se parezcan unos a otros en España?

Difícil me parece que dé Ud. solución al enigma, si se pone Ud. a buscarla allá en sus principios filosófico-políticos, que aunque serán muy buenos (yo en eso no me meto) valen en la práctica lo que los de las Cortes, que con tanto encomio nos ponderó Ud. recién instaladas. Yo soy un poco más amigo de cosas de hecho; y a pesar de que soy bastante enemigo de toda especie de tiranía, quisiera ver en España un poco menos de convención,

y algo más de Napoleón. Vea Ud. una especie de refrán político que yo acá me he formado sobre esta materia. A mí me parece que tiene algún sentido, y voy a ver si puedo explicar a Ud. lo que entiendo.

Las Cortes vinieron sumamente tarde, no hay duda; pero, aunque hubieran existido desde que salieron los franceses de Madrid, no habrían servido de mucho si no tomaban otro método que el que han tomado. Muy buenas están las declaraciones de soberanía, y todo eso que se nos dijo, pero lo que yo quisiera es que con menos declaraciones las Cortes se hubieran hecho más soberanas. Hicieron admirablemente en echar por tierra la Regencia que tan malamente había querido impedir que se congregaran, pero hicieron muy mal en formar de propósito un debilísimo poder ejecutivo. Quisieron conservar en sí la soberanía, y la perdieron para sí y para el poder ejecutivo, su hechura. Llamo soberanía el poder efectivo de gobernar.

En lugar de poner un poder ejecutivo de tres debieran haberlo depositado en uno; y en vez de haber buscado matemáticos sedentarios, debieran haber puesto por regente único al hombre más emprendedor y atrevido que

se conociera en la nación. Amigo mío, si por mi desgracia necesitase alguna vez someterme a la amputación de un brazo o de una pierna, no buscaría un cirujano sentimental y tierno de corazón, sino un trinchante ágil y determinado. La España necesita operaciones crueles y peligrosas; y más padece en las manos débiles que la consumen, que sufriría en las de un jefe anapoleonado que la tratase a muerte o a vida.

¿Qué ha sucedido con nuestras Cortes filósocas y nuestra Regencia matemática? ¿Qué había de suceder?

Ponerse las cosas peor que estaban. Permítame Ud. explicarme con una comparación casera.

La España necesitaba de fuego, y solo tenía una porción de yesca en que prenderlo, quemó una buena cantidad en la revolución de Aranjuez, mas en lugar de aplicarlo a la hoguera se entretuvo en celebrar a Fernando, y la yesca se voló. Prendió otra vez en las primeras victorias contra los franceses, y volvió a olvidarse de que ardía; miró por sí, y ya no había más que cenizas. Quedaba (como allá decimos) una pegadura: las Cortes. Pegó en efecto, se consumió como castillo de pólvora, la hoguera no se ha encendido de nuevo, y no sabemos dónde buscar yesca.

Vea Ud. cómo se me figura a mí que debiera haberse empleado.

En el primer entusiasmo del pueblo y de las tropas por las Cortes debieran haberse valido de él para quitar obstáculos a la unidad y actividad del nuevo gobierno. El primer paso y el más indispensable era dispersar las Juntas, con honores y elogios si se podía, o con soldados si no, nombrar un Regente activo y emprendedor, ir de absoluta conformidad con él en todo cuanto fuese en beneficio de la causa común, y hacerle ver que las Cortes le dispensarían todo el poder de su popularidad siempre que caminase con una honrada y útil ambición, y que lo aniquilarían, valiéndose de esta misma popularidad, si se desviaba del buen camino.

Pero si no hay un hombre en España bastante activo, por buen o mal principio, para manejar el poder que las Cortes por consistir de muchos no pueden hacer valer en sus manos, la España no puede hacer otra cosa que lo que ha hecho hasta ahora; y para tener partidas de guerrilla, lo mismo está con Cortes que sin ellas. Si hay este hombre, se le debe poner al frente y no atarle las manos. Arrojar los franceses sin emplear un poder que sea después temible

a la libertad doméstica es imposible. Si para defender mi casa necesito hombres con escopetas, estos mismos podrán robarme. Pero sin ellos, soy asesinado de cierto.

¿Hay duda en lo que debo hacer?

Tres años van de guerra, y todavía no se ha tomado ni una de las medidas eficaces y efectivas que exige la situación de un reino ocupado casi todo por los enemigos, en donde la voz común es morir antes que ser franceses. En los primeros días de la revolución todo iba consiguiente: las ciudades hervían, los ciudadanos dejaban sus casas, o mandaban sus hijos a pelear; dinero, alhajas, todo estaba pronto, y los gobiernos solo estaban en peligro de ser desobedecidos si aparecían más lentos que lo que exigía el ardor de los pueblos. Pero después de este primer impulso solo se han visto ejemplos semejantes en algunas ciudades acometidas, y en tal cual provincia lejana del gobierno. Sí, señor, lejana del gobierno, porque estos, desde la Junta Central inclusive, son el más poderoso soporífico que conozco en la naturaleza. Las infelices provincias que están a su alcance duermen con el sueño más profundo. Morir o vencer se grita en ellas más que en parte alguna, porque los que suben a

majestades o altezas, agotan las frases más pomposas para expresar su patriotismo; pero ¿qué se hace? ¿Mudan de vida los ciudadanos? ¿Se les ve acosar al gobierno para que los emplee contra el enemigo? ¿Se ve olvidar todo lo que no sea guerra? ¿Se despojan de cuanto tienen? No, señor. En Cádiz se vive poco más o menos como en tiempo de las flotas, a excepción de que el dinero se guarda con más cuidado. ¡Y los franceses a la puerta! ¡Y morir o vencer al mismo tiempo! El Poder Ejecutivo pide que salgan los voluntarios, y se arguye, y se disputa, y se niegan a ello. Pide dinero, y se alegan servicios anteriores para excusarse de este.

Ahora bien, señor mío, si hubiera un verdadero Poder Ejecutivo en quien se pudiera tener esperanza de que aliviase la España de franceses, sepa Ud. lo que debería haber hecho desde su instalación:

1) Aniquilar toda autoridad que pudiera entorpecer su marcha; 2) pedir el número de hombres que necesitase, y no exceptuar sino a los físicamente imposibilitados hasta completarlo; 3) pedir el dinero que fuese necesario para armamento, manutención, etc., y sacarlo, si fuese menester, con una requisición o visita domiciliaria en

caso de necesidad, y 4) hacer dos o tres ejemplares con los refractarios, precediendo un juicio público en que fuesen convictos. Nada menos que la horca al que ponga estorbos a una medida importante, sea con el objeto que fuese. ¡Qué Robespierre! No, señor, esto es morir o vencer; lo demás es rabiar y ser vencidos.

Pero, sobre todo, entiendo que este rigor debería ser inflexible en el ejército. Los franceses fueron vencidos hasta que los hicieron pelear con cañones a retaguardia para tirar a los que huyesen. Los españoles no tendrán ejército temible hasta que se hayan acostumbrado a la disciplina militar más rigurosa. Esta es preciso que empiece a introducirse por oficiales acostumbrados a ella. Aunque entre los españoles los hay, no son muchos; y yo no sé qué es lo que alucina el buen talento del Sr. Blake para oponerse a la admisión de oficiales extranjeros. ¿No ha visto el influjo que ha tenido esta medida entre los portugueses? ¿Quién creería ahora dos años que los portugueses habían de presentar el mejor ejemplo de disciplina entre todas las tropas de la península?

El rigor no tiene buenos efectos en los soldados como no sea acompañado de la disciplina más exacta. El rigor

a lo Cuesta no hace más que desanimar, y disponer a la sedición, o la dispersión. Pero el rigor, efecto de las leyes militares establecidas, y observadas religiosamente desde el general hasta el menor soldado, es el que formó los ejércitos de cuantos grandes guerreros han existido en el mundo. El oficial de José II, pasado por las armas por encender luz en su tienda para escribir a su mujer, hubiera producido un motín en cualquier otro ejército; allí produjo exactitud en la disciplina. El hijo del romano Manlio, pasado por las armas por haber vencido contra las órdenes de su padre, fue uno de los pasos de aquel pueblo hacia la conquista del mundo.

Mas yo, sin querer, me voy metiendo a erudito. Por desgracia abundan textos y citas de otra clase, y ahora mismo acaba de llegar a mis manos un ejemplo muy doloroso. Badajoz está para ser tomado por los franceses, y el ejército que fue de Romana ha sido antes sorprendido y destrozado. Hasta ahora no se sabe más que esto en globo; que es cuando se sabe algo de verdad en los desastres. Luego vendrán las gacetas, y como si con engañarse se remediaran los males, la pérdida habrá sido corta, y la retirada se habrá hecho con todo el orden posible. Pero vea Ud. cuál es el miserable estado de esos pequeños

ejércitos españoles, cuál la falta de conocimiento en los que los dirigen, y el ningún sistema de operaciones que reina en todos ellos. Olivenza se pierde, y en ella 6 u 8 000 hombres que estaban allí no se sabe para qué. Bassecourt se arroja como un ciego a defender a Tortosa, y se halla de repente sin la izquierda, ni derecha, y no puede contener el centro, según su descripción de la batalla. El general catalán, que ha sucedido a O'Donnell, nos anuncia una gran victoria, y se adelanta de modo que al otro día por milagro no se halla envuelto.

Últimamente, Mendizábal, o quién quiera que sea, se va hacia Badajoz, se deja sorprender, y su ejército es destruido, o dispersado.

¿Qué prueba todo esto sino falta de saber? No puede haber disciplina en un ejército en que no hay confianza. Los soldados españoles tienen infinitos motivos para desconfiar de los planes de los más de sus generales, y no hay como hacerse obedecer de los que no tienen motivo para respetar.

El Sr. Blake es menester que se convenza de que no es tiempo de mantener esos puntillos nacionales, que se oponen a la existencia de la nación. Un ejército bien

organizado ha de ser (si algo es posible que lo sea) el punto céntrico de donde se han de extender los radios que alcancen a reunir esos fragmentos de España que cada cual gira a su manera. Este ejército debe ir conquistando de los franceses, poco a poco, siempre con objeto de redondearse en una parte de España en que el gobierno teniendo todos los dominios libres a mano pueda usar de sus fuerzas con unidad y sistema. Para esto se necesita un excelente, aunque pequeño ejército. El plan de formarlo en Mallorca bajo el general Wittingham no podía ser mejor. Si no se verifica o se le ponen estorbos, yo no sé qué es lo que puede hacer el Regente Blake, ni las Cortes. Habrán subido con buena fama al teatro, solo para bajar desacreditados, como los demás que se han presentado sucesivamente hasta ahora.

Si le acomoda a Ud., señor editor, mi mal humor y mis reflexiones, publíquelas Ud. y acaso continuaré remitiéndole algunas otras cartas, no menos llenas de Esplín que la presente.

Soy de Ud. & ca.

Juan Sintierra

CARTA SEGUNDA

¡Conque temores y miramientos, y dudas sobre insertar mi carta anterior! Ud., amigo, parece que ve claro a españadas y que se le olvida lo que ha visto, y aún nos ha dicho. Vaya, vaya, que si no ha venido el general La Peña tan a tiempo a darme la razón, apuesto a que estaba Ud. ya aguzando la pluma para echarme una fraterna. ¿Y qué me dice Ud. de Badajoz? Seguramente que la cosa va lucida. Pues para que vea Ud. mi calma: nada de eso me ha cogido de nuevo; debía suceder así. O conocemos o no los principios. Si los conocemos ¿por qué estar aguardando las consecuencias para fijarnos, y saber cómo nos hemos de conducir? Si España está cada día más desorganizada, y en especial sus ejércitos, como lo hemos visto; si no hay quién ponga en orden esta máquina, ¡qué necesidad estar dudando si hará o no algo que bueno sea! Ponga Ud. a la vela un navío que lleve por capitán a un teólogo, a un médico por contramaestre, por piloto a un oficial de caballería, y por tripulación un regimiento de milicias, ¿pensará nadie que ha de llegar a Lima desde Cádiz porque no lo vea sumergirse de repente? No hay que hacer cálculos, señor mío. España

no puede hacer nada, absolutamente nada, si no toma el recurso de ponerse en otras manos, que sepan manejar sus fuerzas. ¡Pobres españoles!, ¡infeliz pueblo!, ¡no me puedo acordar de él sin dolor!, ¡no hay gente mejor en el mundo ni más valiente, ni más sufridora de trabajos, ni más mandable y de buena fe! ¿Qué no se pudiera hacer con un pueblo que después de tres años de desgracias, después que no hay en él una familia que no vista luto, aún dice que quiere pelear, por tal de no someterse a los franceses, y se pone en manos de todos los que le dicen que lo conducirán a pelear contra ellos? Amigo mío, la parte pobre de la nación española es la parte sana; entre la gente de galones está la roña, y no hay cómo entresacar a los dañados, porque cada cual lo está a su manera. Los más de ellos, casi todos aborrecen a los franceses; pero esto de nada sirve si no los aborrecen con un odio efectivo que les haga olvidarse de sus fines particulares. Pero obsérvelos Ud. desde el principio, y hallará que los más son verdaderos egoístas que se valen de la revolución para sus fines.

La oficialidad para tener ascensos, los empleados para lograr nuevas rentas y honores, las juntas para disfrutar autoridad, los clérigos para obtener canonjías

y aumentar su influjo sobre el pueblo, los oficinistas para enredar aún más sus expedientes y los bordados de sus uniformes; y como haya un palmo de tierra en que jugar a la Corte, vayan esos pobres infelices, esos labradores, esos menestrales honrados a ser degollados por los franceses, y a sufrir oprobio y desdoro, porque no teniendo quien los dirija, o se han de entregar a una fuga vergonzosa, o han de ser transportados a Francia como manadas de carneros. Y diga Ud. algo a estos señores, que le sacarán los ojos. España para ellos es invencible. Si falta Madrid, ahí tenemos a Sevilla, en que cacarear; y si toman a Sevilla ¿qué importa, diga Ud., que entren en Cádiz?; y dado caso de un quién lo pensara, ¿le parece a Ud. que no está hecha la cama en Mallorca? Entretanto siga la guerra; piérdanse los hombres a millares, entréguese las plazas, y consúmase España. Esta pudiera hallarse libre desde la batalla de Talavera, por lo menos; pero ha sido lo contrario: todo va de mal en peor. Nosotros, dicen los de la Junta Central, no tenemos la culpa; y nos presentan un papel de méritos, que no hay más que desear. Viene la Regencia; enreda más que un capítulo de frailes, y se retira muy quejosa, dejando entretanto los franceses como se estaban, y a la España con las Américas de menos. Adelante las Cortes... pero

las Cortes merecen una carta. Lo que importa ahora es ver que, en sus barbas, se nombra, para una expedición que debía levantar el sitio de Cádiz, y tal vez libertar la Andalucía, a un general inepto, y esto haciendo que vaya el acreditado Graham a sus órdenes. El general La Peña deshonra sus tropas a la vista de ingleses y franceses, y todo se reduce a consejos burlescos de guerra en que La Peña es o será declarado un Cid; y a quejas vergonzantes, y malignas contra los mismos ingleses que han peleado por ellos como leones.

Ahora bien, si pudiera juntar a los españoles que no tienen casaca en donde pudieran oírme, me parece que les diría: caballeros, vamos a cuentas. Ustedes no son mancos, ni tienen menos corazón que los portugueses. ¿En qué consiste que el mayor y mejor ejército que han tenido los franceses en la península vaya huyendo de Portugal, acosado por un ejército inglés y portugués, en que los soldados de las dos naciones pelean igualmente bien, sin que se vea un disgusto entre unos y otros? ¿En qué consiste que esos portugueses de quien se hacía tanta burla en España tengan un ejército nacional excelente, y que un regimiento de ellos entre en acción como los mejores delante de Cádiz, mientras que por una cosa

o por otra, doce mil españoles se están tranquilamente mirándolos? Claro está que no consistiendo en falta de valor ni de voluntad, todo pende de que los españoles no están bien dirigidos. Tres años de guerra continuamente desgraciada, no obstante, las mudanzas que se han hecho en los gobiernos manifiestan bien claramente que se debe buscar un remedio más efectivo. Cuál sea este, lo tenemos a la vista. El que ha hecho a los portugueses soldados. El gobierno portugués estuvo un año probando a formar un ejército, y todo fue en vano. Se determinaron a dejar a los ingleses la dirección absoluta de este importante ramo, y ya se ven los resultados. Nunca ha podido España durante su revolución formar un ejército que se parezca al que ha organizado un solo hombre, Beresford. Ello es doloroso, el que una nación tenga que llamar extranjeros para que manden sus tropas; pero aquí no hay más que esta alternativa: nación española con oficialidad inglesa, o dominación francesa con oficialidad española.

¿Pero es acaso vergüenza el llamar extranjeros para que en tiempos de paz establezcan fábricas, y dirijan escuelas de ciencias?

Nunca ha degradado esto a un pueblo, porque sus atrasos consisten en el abandono en que los han tenido sus gobiernos, y no en falta de capacidad de sus individuos.

Supongamos, señores, que en España no hubiera quién supiese hacer un fusil, y que diese el gobierno en la locura de dejar que los españoles resistiesen a los franceses solo a pedradas, entretanto que una porción de sus paniaguados gastaban el tiempo en inventar cómo harían fusiles, por tal de no escuchar a los maestros armeros de otras tierras que los hacen en un dos por tres, ¿lo sufrirían Uds. con paciencia? Vengan los maestros, se diría con razón, hagan los fusiles al momento, y vaya aprendiendo nuestra gente a hacerlos entretanto; pero esto de que vengan los señoritos a ensayarse a nuestra costa es majadería. Pues el caso es el mismo. Está visto que en España no hay quien sepa, o quien pueda formar un ejército. Los que saben encuentran estorbos por todos lados, y los que no saben no necesitan más estorbos que a sí propios. Que los ingleses saben organizar un ejército no hay que dudarlo, porque se está viendo el que ellos tienen, y el que han formado en Portugal; ¿pues por qué han de estar sacrificándose a la ignorancia y al orgullo de los que los quieren mandar sin saber hacerlo?

Ya veo que Ud. se va cansando de mi arenga, y que con razón me dice que la gente a quien yo me dirijo no la necesita. Así es verdad, amigo: el pueblo de España

jamás ha tenido la mitad de las preocupaciones que tienen los que lo dirigen. El pueblo español haría todos los sacrificios posibles, y los haría gustoso, correría a alistarse en los ejércitos, y pelearía con entusiasmo siempre que se le diesen oficiales y generales de quienes tuviera confianza. Si se quiere ver de parte de quién está la oposición a esta medida, absolutamente necesaria en el estado presente de las cosas, fácil, muy fácil es la prueba. Concédase al gobierno inglés que mande oficiales de su confianza a Galicia y Asturias para que recluten gente, y se verá como todo el mundo se da prisa a alistarse por soldado. Los pobres pueblos discurren poco, pero ven y sienten; y para conocer la inmensa diferencia de un ejército organizado por ingleses, y otro de que cuidan los empleados del gobierno español, no es menester más que tener ojos. En el uno se ayuna un mes, por un día que se come mal; en el otro rara vez faltan provisiones para hacer una comida mejor que la que los soldados tendrían si estuvieran en su casa. Un regimiento español es una ropavejería andando; un regimiento bajo oficiales ingleses parece todo compuesto de oficiales, según la decencia de los vestidos. Y esto no se debe atribuir al carácter particular del soldado inglés, porque lo mismo se ve en los portugueses, hoy día. ¿Puede el pueblo dudar

de esto? Imposible, el pueblo español está convencido y pronto. La dureza de corazón está más arriba.

Yo no extrañaría, ni culparía esta especie de puntillo nacional al principio de la guerra. Los españoles empezaron de un modo tan noble y superior, que hubiera sido delirio aconsejarles que se pusiesen en otras manos, después de la batalla de Bailén y el primer sitio de Zaragoza. Hubiera sido igualmente imposible que imprudente el quererles convencer entonces de que sus victorias habían nacido solo de su valor individual, y de la disposición en que se hallaban los franceses; y que al punto que tuviesen que contender de modo que la táctica y disciplina entrasen en la cuenta, perderían infaliblemente cuantas acciones aventurasen. Pero el tiempo que ha pasado, y el sin número de gente y armas que han perdido, el modo con que poco a poco, aunque sin interrupción, han sido acorralados en dos o tres puntos de España, demuestra que no hay que esperar nada de sus actuales ejércitos, y ni de los que se formen bajo el mismo pie. ¿Y es posible que un hombre de buena razón como Blake sea el que se oponga más a la única medida que conviene a España, y por la que clama la experiencia más palpable? ¿No bastan las derrotas de Espinosa, Tudela, Medellín, Belchite,

Almonacid, Ocaña, las expediciones desgraciadas de Moguer y Tarifa, la dispersión de Mendizábal, las entregas de Olivenza, Badajoz, y Campomayor, en fin, el diario de las operaciones de España; no basta esto para que Blake, y los que piensan como este general abran los ojos y conozcan que las mismas causas deben producir los mismos efectos; y que si él no ha podido organizar los ejércitos de su mando, con todos sus conocimientos y buen deseo, mal podrá organizarlos valiéndose de otros que probablemente carecerán o le serán inferiores en ambas cualidades?

La oposición a confiar el mando y formación de ejércitos españoles a oficiales ingleses, no puede nacer más que de uno de estos dos principios: de un ciego y tenaz orgullo, o de un deseo secreto de que la contienda actual acabe en favor de los franceses. De ambas cosas hay mucho en España; de los primeros se puede esperar que cedan, pero en vano se predicará a los segundos. Digo que se puede esperar algo de los que se hallan poseídos de ese orgullo mal entendido; porque siendo como los supongo, de buena fe, es imposible que no conozcan el sacrificio que están haciendo del infeliz pueblo español por sostener este puntillo. Verán, si se paran un momento,

que los ejércitos españoles han pasado de unas manos en otras, y que han ido de mal en peor; verán que si pueden echar la vista sobre un oficial, general u otro en quien se pueda tener confianza, estos no pueden hacer nada por sí solos, y puestos al frente se hallarán sin nadie de quien fiarse; verán que en nada se degrada el nombre español por poner extranjeros a organizar y mandar sus ejércitos; que bajo extranjeros han servido con honor repetidas veces; que bajo extranjeros hay menos riesgo de que se levante un general que aspire a la tiranía, y se acordarán de que para liberarse de este peligro ponían sus ejércitos al mando de extranjeros casi todas las repúblicas antiguas de Italia; verán que de nadie se puede fiar mejor la causa de España contra los franceses, que del gobierno inglés, a quien nadie excede en interés de que los franceses no venzan; verán que es odiosa, baja, y malnacida esa emulación de una nación amiga que ha hecho los sacrificios más generosos por España, y que ha mostrado al mundo cuáles son sus principios en la conducta noble que ha mantenido siempre y mantiene en Portugal. Verán, en fin, que aun cuando se pudieran suponer miras interesadas en los ingleses, la emulación y los celos mal encubiertos solo podrían darles pretextos plausibles para no guardar consideraciones con España, y venir a hacer

por propia seguridad y defensa lo que jamás pensarán, estando seguros de la cordialidad de sus aliados.

A los enemigos de los ingleses, por arraigado galicismo, no hay que esperar convencerlos en esta materia. Estos no hacen más que repetir sordamente lo mismo que tantas veces ha proclamado Bonaparte: que los ingleses solo pretenden ver lo que pueden sacar de la península después de haber sostenido la guerra a costa de sus habitantes. Si oyera Ud. cómo yo he oído a los ecos de estos caballeros. Los ingleses nada han hecho; ni los ejércitos que han mandado; ni los millones que han gastado en armas, municiones, y pertrechos de guerra; ni las batallas que han ganado, sin auxilio de nadie, en la misma península; ni la continuación de estos socorros, por unánime consentimiento de ambos partidos del Parlamento; todo es nada. En vano Sir John Moore salva las Andalucías de las manos de Bonaparte; en vano, con su sangre y la de miles de sus compatriotas, salva la causa de España que iba a perecer entrando Bonaparte en Cádiz; en vano Lord Wellington vence en Talavera, a la vista de Cuesta y su ejército; más en vano se sacrifica el ejército de Graham bajo las murallas de Cádiz, y entra en ellas cubierto de gloria: cada uno de estos servicios

es una espina más que les hace intolerables los ingleses. Sir John Moore, para ellos, no hizo más que retirarse; lord Wellington no quiso seguir, y el general Graham no obedeció a La Peña.

Toda mi paciencia no sería bastante para sufrirlos en silencio, si no supiera el principio de que nace. Para esta gente son más odiosos los ingleses que los franceses mismos. Muchos de ellos, o los más, estuvieron por la entrega de España al romper la revolución. Sí, señor, entre los empleados más favorecidos del gobierno de España se hallan gentes que hubieran dado un brazo por que la conmoción de Cádiz se hubiera dirigido contra la escuadra inglesa, en vez de atacar la francesa. Puede ser que entre mis papeles encuentre un día la proclama que causó la muerte de Solano, el gobernador de Cádiz, y verá Ud. la lista de los que con él y con Morla firmaron, y dijeron al pueblo si quieren pelear, a la vista tienen a los verdaderos enemigos de España, indicando a los ingleses. Estos principios viven todavía, y convencidos como están los más de estas gentes de que España difícilmente puede salvarse, lo que quisieran sería ver acabar la guerra cuanto antes con tal de que con la guerra no se acabara la renta. Esto último es lo que los hace en el día antifranceses; pero

de tan mal principio no puede producir nada bueno. Así sale ello. Yo no quiero esparcir sospecha de francesismo sobre todos y cada uno de los que se oponen a la medida única que puede dar ejércitos verdaderamente tales a España. Ya ve Ud. que la clase primera de que he hablado puede contener y contiene muchos hombres honrados y excelentes; pero es seguramente digno de observarse que los patriotas españoles más acrisolados, aquellos que han hecho más servicios a la causa, y que han sido superiores a toda sospecha, han sido afectos de corazón a los ingleses, han estado inclinados a la admisión de oficiales extranjeros en los ejércitos españoles. Romana empezó a ponerlo en práctica, y recibió por premio una reprensión; Alburquerque era el mayor amigo de los ingleses, y siempre estuvo ansioso de pelear a su lado, y aun a su mando. ¿Eran estos patriotas? ¿Hay muchos que pueden jactarse de amor patrio con ellos? Estos hombres no creían que se degradaba España por valerse de sus amigos extranjeros, para lo que no podía hacer por sí; estos generales que tenían más razones que ningunos otros para confiar en sí propios, reconocían que eran insuficientes para establecer la disciplina militar en España. ¿Y se avergonzarán de reconocer esto mismo los que nada, nada han podido, o han sabido hacer por ella?

Amigo mío, el objeto de que hablo es sumamente importante. Se trata de prolongar una guerra que si dura cuatro años más, no deja una brizna de yerba en España, más que la que nazca por falta de quien pise el terreno; y aunque yo no pertenezco a la nación como mi nombre lo indica, tengo mi alma en las carnes, y no puedo mirar sin dolor que se haga ni con turcos, lo que se está haciendo con los españoles. Las Cortes son una manta mojada: soberanas de nombre, y esclavas de cuantas sombras se les ponen delante. Esclavas de la Regencia en muchos puntos, esclavas de los comerciantes de Cádiz, esclavas de los clérigos y frailes, y solo inflexibles contra los que les aconsejan determinación y energía. Hombres hay en ellas que pudieran darla; y si se escuchara a un Torrero y a un gallego la cosa iría mejor. Supuesto que no hay quien haga nada, y que el pobre pueblo paga esta indolencia con su sangre y su vergüenza, el pueblo mismo debe contribuir a que se acabe con utilidad y gloria. Escriban todos los hombres bien intencionados; hagan reuniones de ciudadanos que representen fuerte, aunque respetuosamente a las Cortes; lluevan unos sobre otros estos testimonios de la desaprobación general; hagan que las Cortes muden esa Regencia que ya debía haber hecho algo por su crédito y en favor de la nación;

y no se contenten con palabras, que se han repetido millones de veces sin más efecto que prolongar los males que abruman y aniquilan a una nación valiente.

Yo no aconsejaría que de repente se reformasen todos los oficiales del ejército español de Cádiz; pero gritaría constantemente en los oídos de las Cortes que entreguen a un general inglés el de Galicia, que al mismo tiempo sea gobernador de la provincia; que lo entreguen todo absolutamente a su cuidado: vestuario, provisiones, paga, etc. Un solo ramo en que se le pongan obstáculos inutilizará el plan. Pruébese este medio, y si no surte buen efecto en seis meses diga Ud. y proclame que enjaule a Juan Sintierra.

CARTA TERCERA

El siguiente artículo es parte de otra carta de Juan Sintierra, cuya primera parte no he querido publicar, a causa de que no he podido averiguar si el hecho importantísimo en que se funda es verdadero.

Anuncia Juan Sintierra que uno de los diputados de América había sido entregado a la Inquisición por las Cortes mismas; y habla, de consiguiente con toda la indignación que debía excitar semejante atentado. No hallándome con medios de averiguar la verdad de este hecho, me parece que no debo esparcirlo, con desdoro de las Cortes.

Pero si tuviese algo de verdad, el interés de España exigirá que presente las reflexiones de mi corresponsal, que ahora suprimo.

En las Cortes noto los siguientes defectos:

En sus formas:

1) ¿Qué significan dos centinelas dentro de la sala de la representación nacional? Las bayonetas debieran

desterrarse no solo de aquel recinto, sino de todo el contorno. Los fusiles están en pugna perpetua con la libertad de los debates.

2) ¿Por qué no se ha puesto remedio al abuso de hablar repetidas veces un mismo diputado sobre un mismo asunto? Así se pierde el tiempo, y las Cortes más parecen una tertulia que un congreso.

3) ¿Por qué no han dado oídos las Cortes a los clamores justos que se han levantado contra las sesiones secretas? La frecuencia de estas sesiones manifiesta una timidez indigna de los representantes de la nación española, y destruye la confianza de la nación en ellas. Las Cortes debieran declararse el derecho de deliberar a puerta cerrada (porque puede ser alguna vez necesario para la libertad de debate), pero no usarlo sino en casos rarísimos.

Defectos de constitución en las Cortes:

1) Falta de un justo número de diputados que representen legítimamente las Américas.

2) Falta de diputados que representen la Grandeza de España.

3) La prohibición de que los diputados en Cortes ejerzan empleos de importancia en el Estado.

4) El haber dejado las contribuciones al arbitrio de otras autoridades.

Del primer y tercer defecto ha hablado Ud. bastante en sus anteriores números, y yo no tengo por ahora que añadir cosa que me parezca notable. Sobre la falta de representación de la Grandeza, juzgo que Ud. difícilmente convendrá conmigo, por los principios esparcidos que he observado en *El Español*. Pero convengamos, amigo, en que los principios abstractos de igualdad y todos los demás temas favoritos en que tanto se complace la imaginación de los hombres que tienen un corazón bien puesto, no deben ser regla de conducta en cosas prácticas que penden absolutamente de las circunstancias.

No se trata ni se puede tratar de formar un pueblo nuevo a quien darle leyes. Según esto, cuando se reúne un cuerpo que represente la voluntad y la fuerza de una nación, es indispensable representar las grandes masas que la componen: aquellas asociaciones de gente a quienes la costumbre de siglos, la conformidad de intereses y la influencia de la constitución anterior,

mala o buena, ha hecho contraer una voluntad que puede llamarse general en ellos. Este es el modo de que resulte la voluntad general efectiva representada verdaderamente por la voluntad del cuerpo nacional. ¿Tienen los grandes un poder real, un influjo nacional suyo propio, y pertenecientes exclusivamente a su clase? Es indudable. Pero es un abuso horrible, es una injusticia, es... No disputemos. Es todo lo que Ud. quiera más ¿puede destruirse sin que el interés general padezca en las actuales circunstancias? ¿No ve Ud. que, destruyéndolo, se priva la nación de una fuerza que puede contribuir a salvarla? ¿Sería cuerdo el hombre que en un naufragio, viendo deshacerse su navío sobre la costa, y pudiendo nadar para salvarse, llamase al cirujano para que le cortase un tumor de un brazo, no porque le impidiese moverlo, sino porque se lo desfiguraba? ¡Necio! ¿Quieres nadar con un brazo recién destrozado y sangriento? Sálvate ahora, nada con el tumor, y luego cúralo.

Los grandes tienen influjo, los grandes se creen injuriados; el clero juzga lo mismo; reclaman la constitución de España como garante de sus derechos. Las Cortes actuales no se atienen ni a constitución ni a principios generales. ¿La constitución de España, no vale para la Grandeza, ni para el clero?

—Es que empezamos de nuevo.

—¿Vale para la Inquisición?

—Es preciso respetar las leyes.

—¿En qué hemos de quedar, señores de las Cortes? ¿Qué tira y afloja es este? Las Cortes debieran haber sido el centro de la nación española, y si no se dan prisa a enmendarse, van a separar en fragmentos lo poco que quedaba reunido. Débiles y sumisas con los que no debieran temer, orgullosas y tenaces con los que debieran reconciliar, se humillan a los comerciantes de Cádiz, desatienden las poderosas provincias de América, y se enajenan las voluntades de dos corporaciones de influjo, la Grandeza y el clero.

Yo aborrezco como el que más la aristocracia, y aunque respeto en mi corazón a un clero como debe ser, si ha de llenar su sublime objeto, soy enemigo declarado de la tiranía religiosa a que suelen aspirar sus individuos; pero entre amar estos vicios a que propenden el clero y la nobleza, y cerrar con ambos cuerpos como quien ataca a moros, hay una inmensa distancia. Los gobiernos españoles revolucionarios, siendo tan aristócratas y

preocupados como las circunstancias les han permitido, han manifestado una emulación contra la Grandeza, que más que de un deseo de desarraigar los vicios de su constitución, ha nacido de envidia y de ansia por ponerse en lugar de ella. La Grandeza española estaba infinitamente degradada; es verdad, ¿pero por qué no valerse de los individuos de provecho que había en ella? ¿Por qué no se han acordado los gobiernos del duque del Infantado, hombre cuyos talentos e influjo pudieran servir a la causa, y solo se hizo memoria de que él cuando la Junta Central le quitó el empleo que con tanto empeño le dio Fernando VII de Borbón?

Por la misma razón que nunca se quiso dar el mando del ejército de Extremadura a Alburquerque, aunque nadie lo merecía tanto. Por una emulación necia que, sin libertar a España de sus males antiguos en este punto de Grandeza, la expone a partidos no favorables a su causa.

Pero ¿es posible que gobiernos con tanto orgullo sufran el abatimiento en que están las Cortes con respecto a los puntos más importantes, verbigracia, las rentas? El principio fundamental de la libertad de los pueblos es que nadie, sino sus representantes, pueda imponer

contribuciones. ¿Y las Cortes, las Cortes soberanas se ponen en la necesidad de mendigar de la Junta de Cádiz, de dirigirle peticiones poco menos que en papel para pobres de solemnidad? ¿Por qué?, porque ha sido su soberano placer dejar encender la guerra en América, y privarse así de sus socorros, si no para siempre, por lo menos para cuando más los necesitan, que es ahora. ¿No es esto un delirio? ¿No es caminar a tientas? ¿No es arrojar en el fuego por no sufrir el humo?

El dinero es absolutamente necesario para continuar la guerra. Las Cortes deben ser el dueño absoluto de los caudales públicos. Si es que temen agraviar al vecindario de Cádiz, concédanle en las presentes circunstancias más representantes en Cortes que los que debieran tener según su población, y destruyan esa junta rival que los desdora y los abate. Publiquen en seguida empréstitos voluntarios; y si no prueban bien, forzados. Si no basta esto hagan requisiciones; y si esto produce descontento, retírense —pues es señal de que se quieren ya entregar a los franceses.

El hilo del asunto me ha traído ya los defectos de las Cortes en su conducta.

El primero y principal es el que acabo de indicar, y sobre el cual ha hablado Ud. tanto en su papel: la conducta de las Cortes con América. Ya conocerá Ud. que yo soy poco amigo de entrar en filosofías porque no las entiendo muy bien, y aunque alguna vez también el diablo me tienta, y arguyo, no quiero ahora meter la hoz en miel ajena. Yo voy directamente a la práctica. La Regencia anterior, la presente, las Cortes, y todos los que hayan tenido parte en la conducta de España con sus Américas, no deben a mi parecer llamarse injustos, sino delirantes. ¿Qué es lo que se llama política en un gobierno? Según mi corto entender, es el conocimiento que los que gobiernan una nación deben tener del estado en que se halla, y se hallan las que tienen conexión con ella, para acomodar su conducta a las circunstancias, y sacar del estado de las cosas el mayor provecho posible. Pues vea Ud. si hay modo más pintado de hacer esto al revés, que el que han seguido los gobiernos españoles. Voy a darle razón en cuanto han dicho respecto de los americanos y verá Ud. que a pesar de esto resultan locos. ¡Yo soy Fernando VII!, grita cada cual de las Juntas Provinciales, ¡Yo lo soy más!, dice la Central, ¡Y yo como el mejor!, concluye la Regencia. El ejemplo es poderoso, y al fin empieza a parecer un Fernando VII americano. ¡Qué iniquidad!

Ese Fernando es espurio, es de contrabando; las fábricas pertenecen exclusivamente a la península. Así será; pero el Fernando VII americano está a mil leguas lo menos, y es difícil darlo por de comiso. ¿No se han venido a buenas los de España, viendo que cada uno no podía vivir por sí? ¿Por qué no admitir a este nuevo Fernando, que es un valiente refuerzo, porque es más rico que todos juntos los que están ya fundidos en uno? ¡Rico! Por eso no queremos que se suba a mayores: venga su dinero, y guardare de pedir otra cosa. Sería una indignidad, un desdoro que las Cortes se sometiesen a unas provincias que solo han sido colonias hasta ahora.

La obediencia es lo primero. No, señores: los pesos duros son ahora antes que la obediencia. Si los americanos se irritan en negar socorros; si una guerra los disminuye, o los detiene dos o tres años ¿qué preñado les dará a Uds. un doblón por su soberanía?

A la vista está el resultado: ahora tienen las Cortes que estar llorando duelos a la Junta de Cádiz, y los que no han querido condescender con los deseos de quince millones de hombres, que podían y querían sacrificarle cuanto tienen, se ven obligados a adular, a quince o

veinte hombres, que se creen soberanos de Cádiz, y que son enemigos natos de las Cortes.

Esta es la política de España respecto a su interior, ¿qué diremos respecto a sus aliados? La piedra de escándalo ha sido el comercio libre. Si se abre el comercio en las Américas, perecen los comerciantes de Cádiz. Si no se abre parece la España, porque se ponen en revolución las Américas. Si se abre el comercio se enriquecerán los ingleses. También se enriquecerán los americanos, y unos y otros son los que sostienen la causa de España. España no tiene medios de hacer el comercio, y querer que no lo hagan otros es ser verdaderamente el perro del hortelano. En una palabra, como la verdadera política consiste en observar de tal modo las circunstancias que con una sola medida o paso se consigan muchos, y buenos efectos, los políticos españoles parece que han estudiado cómo con una determinación sola podrían causar muchos y malos. La resistencia a las pretensiones de América ha empobrecido el erario de España, ha sujetado las Cortes a la Junta de Cádiz, ha causado y causa devastación en las provincias ultramarinas, y está excitando sospecha en los ingleses aliados. ¿Lo puede dudar nadie? Pues, ¿qué son ciegos o bobos? ¿Piensan que se han de embaucar con la

estatua decretada por las Cortes? La verdadera gratitud es más ingenua. ¿Están agradecidos a la nación inglesa? Pues saltando está a los ojos la prueba de gratitud que deben darle. Seamos hermanos: nuestra industria, y la suya, sea considerada como una misma. Entren en nuestra casa, comercien con nuestras posesiones, y no haya emulación para con hombres a quienes debemos nuestra existencia. Esto aparecería siempre noble, aun cuando fuera en realidad hacer de la necesidad virtud: hubiera evitado las revoluciones, y asegurado al gobierno, y la nación inglesa, que los españoles no son sus aliados solo porque no pueden dejar de serlo. ¿Por qué no dar con buena gracia lo que tienen que ceder por necesidad y gruñendo? El otro gran defecto de conducta es la absoluta falta de atención a la mejora del ejército español. Esto clama verdaderamente al cielo.

Apenas cabe en cerebro humano la idea de ponerse a disputar y controvertir cómo y con quién se ha de casar Fernando cuando está a la vista de las Cortes un ejército desorganizado, incapaz de hacer nada en favor de la causa, y que, por falta de disciplina, es la burla de los enemigos. Esto es lo que un amigo mío que ha estado largo tiempo en España, nota con bastante agudeza, en

el carácter general que han mostrado sus gobiernos. No hay que hablarles, dice, de la cuerda que tienen al cuello; aunque están llenos de recelos del cáñamo que apunta en el campo. ¿Qué han hecho las Cortes, qué han adelantado en este importantísimo, y puede decirse, único punto que clama por su atención? ¿Qué general ha sufrido un examen público de su conducta después de las vergonzosas entregas y sorpresas que se han visto? ¿Se ha extinguido ya en España la antigua y propagada secta de defraudadores de caudales públicos? ¿Se han convertido de repente a mejor vida todos los proveedores, asentistas y los empleados que revisan sus cuentas? Algún milagro de esta clase debe haber sucedido; porque desde que hay Cortes no se ha visto que se dé ni un paso hacia la reforma de este corrompidísimo ramo; cuya corrupción es en gran parte el origen primitivo de la inutilidad de los ejércitos españoles.

He dicho bastante del paso de las Cortes con respecto a la Inquisición, para que haya que repetir nada sobre él en este lugar. Pero hablando de los defectos de conducta, este se presenta, y renueva constantemente en la memoria. La Europa, esperaba de las Cortes que desarraigasen las preocupaciones funestas que aún degradaban a aquel

noble pueblo español ¿cómo podía temer que ellas mismas viniesen a darles la fuerza y vida que por sí iban perdiendo? Si la mayoría de las Cortes no cree que la Inquisición entra en el número de las preocupaciones más funestas, si desean conservarla como se hallaba, o más bien restituirla a su antiguo estado, inútil es tratar de convencerlas. Si la mayoría de votos conviene en semejante delirio, poco hay que esperar de las Cortes, y es de temer que si no renuevan pronto sus individuos, ellas sean entre cuyas manos se deshaga últimamente la España.

Habrá muchos que no siendo tan enemigos como yo de la persecución religiosa crean que este defecto de las Cortes es más independiente de las demás cualidades de aquel cuerpo, que lo que a mí me parece, y que como dije al principio, pueden tener esta manía parcial, conservando un buen juicio para otras cosas. Ojalá que así sea, y yo me engañe. Pero bien pronto hemos de ver la prueba. Si después del desengaño de las derrotas y conducta vergonzosa de sus generales, no adoptan el medio de formar un ejército bajo generales ingleses, si no ponen a disposición de estos todos los medios que haya para este efecto en las provincias en que deba

reclutarse; si no tratan de hacer útil la Galicia, poniendo allí de capitán general a un acreditado general inglés que arme aquella numerosa población, la más a propósito que tiene España para formar un ejército, la más a mano para recibir socorros de Inglaterra, y para intimidar los ejércitos franceses, ahora vayan a adelantarse, ahora estén adelantados en la Península; si no tratan de poner otra Regencia más activa, y despreocupada, que efectúe estos planes, u otros semejantes; si mientras se entretienen en inútiles debates dejan arder las Américas en guerra por no tomar una determinación noble, generosa, y absolutamente necesaria para el bien de España; si aprueban las bárbaras medidas de la Regencia pasada dejando que sigan su rumbo los generales, y gobernadores que mandó allá, y que mejor estarían en España peleando contra los franceses; si cierran los ojos mientras los españoles europeos y americanos se degüellan unos a otros; si no dan un testimonio decidido de que no perdonan medio para evitar estos horrores, muy satisfechas con haberles declarado el parentesco de hermanos; será inevitable decir que las Cortes deliran en política igualmente que en puntos religiosos y dejarles con sus Inquisidores a que presidan un auto de fe como Carlos II.

“

No se trata, ni se puede tratar de formar un pueblo nuevo a quien darle leyes. Según esto, cuando se reúne un cuerpo que represente la voluntad y la fuerza de una nación, es indispensable representar las grandes masas que la componen: aquellas asociaciones de gente a quienes la costumbre de siglos, la conformidad de intereses y la influencia de la constitución anterior, mala o buena, ha hecho contraer una voluntad que puede llamarse general en ellos...

| Colección
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA